

## ¡Buen viaje, Viejo!

Volvíamos de Tours (Francia), en su MG Blanco, tras las Jornadas Francesas de Ginecología y Obstetricia, donde habíamos presentado dos comunicaciones (sobre surfactante pulmonar), y teníamos intención de llegar a Barcelona a pesar de que, antes de llegar a la frontera, ya era la una de la madrugada. Era el año 1974 (hace ya 30 años), y ya en esa época teníamos la ilusión de que «un día» miraríamos hacia atrás, hacia ese momento maravilloso, con todo el cariño y con todo el afecto de las personas que se quieren, y que sobre todo, quieren. No nos equivocamos. Me acuerdo que tuvimos que parar el coche porque el cansancio hacía mella en nosotros y pensamos que el descanso daría paso a un sueño, aunque corto, reparador para poder continuar. Todo lo contrario. No sé por qué razón la mente se despejó y lejos de relajarnos nos pusimos a discutir sobre el futuro y sobre el «futuro del futuro». Pedro, con esa sabiduría del Viejo (expresión cariñosa con la que lo denominábamos, semejante a lo utilizado en ciertas áreas de su tan querida Latinoamérica) me dio una lección sobre lo divino y lo humano, que siempre he recordado, y que en síntesis podía encuadrarse en los preceptos del sentido común y de la lógica. Cosas como que lo primero es anterior a lo segundo, o que lo blanco nunca es negro, etc., aplicado a los conceptos, fue el hilo conductor de esa conversación que no finalizó hasta la llegada a Barcelona, por la mañana, lejos del alba que habíamos disfrutado. De esta manera fue como se consolidó una sintonía armónica que había iniciado su andadura en los tiempos de la llegada del hombre a la luna, que vivimos conjuntamente, en un día de guardia, muy lejano, en el Hospital Clínic de Barcelona, y que duró hasta que, un día muy cercano, venció quien debía, en un campo de batalla ya muy deteriorado, pero con la hidalguía de quien defendió territorio hasta el final. Así era Pedro. El Viejo.

Su honda y profunda forma de ver las cosas, su sentido común, su sencilla humanidad y su gran hu-

mildad ante sí mismo, sus silencios, sus fidelidades, sus mitos, sus historias, marcaron su trayectoria y, por qué no decirlo, nos marcó a todos los que tuvimos la suerte de compartir penas y alegrías con él.

Su pasión por la historia y su forma de vivirla hizo que, en multitud de ocasiones, nos hiciese ver, a través de su óptica, la vida en el amplio sentido de la palabra, el sujeto y su entorno, la ocasión y su escenario, la pasión y sus artífices, amenizado por su particular manera de explicarlo que nos encandilaba como si fuésemos niños que escuchan el cuento y la vida de sus ídolos. Su amor por la especialidad y su vocación de maestro permitieron que hoy, muchos de nosotros, ejerzamos de la manera digna que él deseaba. Recogió el testigo de sus maestros y, día a día, supo ir modelando esas nuevas generaciones que año a año iban pasando por sus manos, encontrando en el Viejo a ese maravilloso cómplice de sus desconocimientos, a ese quien les libraba de sus ignorancias, con el cariño paternalista de quien enseña y goza enseñando. El cariño hacia la enferma, su devoción por la maternidad, su respeto hacia el feto y su debilidad por el parto hicieron de Pedro uno de los obstetras más brillantes que hemos tenido y envidiado.

Por eso, hoy muchos le vamos a echar de menos físicamente, pero en modo alguno le echaremos de menos sentimentalmente, porque él, desde allí donde esté, continuará marcando el paso y el estilo, continuará dando luz y sabiduría, continuará siendo el Viejo de siempre.

Dicen que las personas no mueren hasta que muere el recuerdo, y eso en este caso no sucederá. Por tanto, no deseamos que descanse en paz (signo de muerte), sino que le decimos: ¡buen viaje, Viejo!



**Luis Cabero Roura**  
Barcelona